

Javier de Viana



**Las Dos Ramas
de una
Horqueta**

textos.info
biblioteca digital abierta

Las Dos Ramas de una Horqueta

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7793

Título: Las Dos Ramas de una Horqueta

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 5 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 5 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Dos Ramas de una Horqueta

El indiecito Dalmiro dijo:

—El mate está labáo, el agua está fría, s'está apagando el juego, y don Eulalio entuavía por contarnos el cuento prometido.

—Es que no encuentro muchacho.

—¡No va encontrar usté qu'es capaz den encontrar en una noche oscura un arija perdida entre el pasto!...

—De un tiempo no digo; pero aura, m'está dentrando la cerrazón en la memoria.

—Con el sol de la voluntá no hay cerrazón que no se redita.

—Es que hasta la voluntá maulea cuando el carro 'e la vida está muy recargao de años.

—¡Mañas, no más, don Eulalio!...

¡Si usté por cada año que carga, tira dos en la orilla del camino!

—Don Eulalio, —afirmó Marcelo,— es mesmamente como las higueras: a la caída 'e cada invierno parece que se han seco, y al puntiar la primavera reverdecen y retoñan.

—Y las brevas son más lindas cuanti más años tienen.

Sonrió el viejo, halagado en su vanidad, y contestó de este modo:

—Dan higos mejores, pero dan más menos.

El indiecito Dalmacio, el único que se permitía irreverencias con el patriarca de la estancia, exclamó:

—¡Dejesé de amolar! A usté le gusta que le rueguen como a niña bonita!... Está mentando vejeces y entuavía la semana pasada se l'enhorquetó al redomón rabicano de Mauricio y lo hizo sentar en los garrones a tironazos!...

—El poder de la esperencia, muchacho, nada más qu'el poder de la esperencia...

—Si; y pu'el poder de la esperencia cualquier día v'a salir encontrando novia y volviéndose a casar... Y, a propósito, don Eulalio... ¿por qué no nos cuenta como jué su casorio?... D'eso si ha 'e acordar.

—Dijuro. ¡Disgraciao el hombre que se olvida de eso y de la madre!

—Güeno, dejesé de chairar y corte.

—Me gusta la cancha, y si la vista me ayuda y el pulso no me tiembla, puede ser que me apunte una clavada... El enredo empezó ansina:

«Primitivo Melgarejo y yo nos habíamos criaio juntos en la estancia «El Recoveco». Nos habíamos criaio juntos como una yunta 'e güeyes siempre en el trabajo uñidos en el mismo pértigo y acollaraos siempre también en el pastoreo.

«Primitivo era un güen muchacho, pero lerdón pal trabajo y cuasi siempre yo debí doblar el esfuerzo p'alivianarle el trabajo.

«En una ocasión me dijo:

—«Mira hermano: yo no sirvo pa pobre; y como tampoco sirvo pa ladrón, es juerza que me haga rico de un sólo tiro, o sino, que me zambulla en el arroyo atao de pieses y manos.

—«¿Qué pensás hacer? —le pregunté yo.

—«Y él me dijo: Tengo el plan hecho. Micaela, la hija única de la viuda'e Pérez es un partido como pa echarse a dormir la siesta pa tuita la vida. Le he hecho varias entradas y me parece que cabrestea.

—«Es fierona», —dije yo; y él dijo:

—«Ya lo sé; pero caballo que no es pa paseo, no importa que no sea

lindo.

«Me pidió que lo acompañase, yo juí p'hacerle servicio entreteniéndolo a la vieja y a Manuelita, una parienta lejana que la viuda había criado medio como piona y medio como de la familia... Y aconteció que poquito a poquito se fueron enredando nuestros cariños y resultó que al cabo unos meses, en vez de un casorio, el fraile acollará dos yuntas en el mismo día...

—¿Y asina jué que se casó, don Eulalio?...

—Asina pasó, m'hijito. El amor es, como partida 'e monte: uno dentra apuntando un rialito pa despuntar el vicio, y después se juega hasta el caballo ensillao...

—Pero usted ganó la partida...

—¡Ya lo creo que la gane!... ¡Fue una santa la finada y hast'aura la estoy llorando, y hace más de diez años que se me jué!... Treinta años vivimos juntos y mil hubiéramos vivido sin que se gastasen nuestros cariños... Ricos no juimos nunca; pero carne pal puchero y trapos pa vestirnos nosotros y los potrancos, no faltó nunca... En cambio el pobre Melgarejo...

—¿Se augó en el arroyo'el matrimonio?

—Sí. La mujer le resultó pior que un alacrán, y a la fin, por no matarla, tuvo que mandarse mudar, y sin juerzas pa peliarla, su vida se jué deshaciendo como tapera.

Subsiguió un largo silencio, roto por el indiecito Dalmiro que filosofó así:

—Es al ñudo: mujer que compra marido, lo compra pa lucirlo, pero no pa quererlo...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.